

Era la víspera de Navidad. María llevaba ya un buen rato roncando sobre la estufa y en la lamparilla había ardido ya todo el petróleo, pero Fiódor Nílov seguía trabajando. Lo habría dejado hacía tiempo y se habría marchado a la calle, pero un cliente del callejón Kolokolni, que le había encargado unos empeines para sus botas dos semanas antes, había ido a verle el día anterior, le había insultado y le había ordenado que acabara sin falta el trabajo antes del servicio matinal.

—¡Vaya una vida! —rezongaba Fiódor mientras trabajaba—. Algunas personas llevan ya un buen rato durmiendo, otras pasándoselo bien, y yo aquí trabajando como una mula, cosiendo para el primero que llega...

Para no quedarse dormido, cogía de vez en cuando una botella que había debajo de la mesa y bebía, sacudiendo la cabeza después de cada trago y diciendo en voz alta:

—Que alguien me explique por qué mis clientes se divierten mientras yo tengo que coser para ellos. ¿Acaso porque ellos tienen dinero y yo soy pobre?

Odiaba a todos sus clientes, especialmente al que vivía en el callejón Kolokolni. Era un hombre de aspecto sombrío, con el pelo largo, tez amarillenta, grandes lentes azules y voz ronca. Tenía un apellido alemán impronunciable. Nadie parecía saber cuál era su profesión ni en qué se ocupaba. Dos semanas antes, cuando Fiódor fue a su casa a tomarle las medidas, lo había encontrado sentado en el suelo, machacando alguna cosa en un mortero. Antes de que Fiódor tuviera tiempo de saludarlo, el contenido del mortero relampagueó y empezó a despedir una llama roja y brillante, se levantó un olor a azufre y a plumas quemadas y toda la habitación se llenó de un espeso humo de color rosa que hizo a Fiódor estornudar cinco veces. De camino a casa, pensaba: “Nadie que tenga temor de Dios podría ocuparse de esas tareas”.

Cuando la botella se quedó vacía, Fiódor puso las botas sobre la mesa y se quedó pensativo. Apoyó la pesada cabeza en el puño y se hundió en consideraciones sobre su pobreza, sobre su vida triste y sombría. Luego pasó a ocuparse de los ricos, de sus grandes casas, de sus coches y de sus billetes de cien rublos... ¡Qué bien estaría si las casas de esos malditos ricos se vinieran abajo, sus caballos se murieran y sus abrigos y gorros de piel se desgastaran! ¡Qué bien estaría si los ricos poco a poco se volvieran pobres y no tuvieran nada para comer, y él, un pobre zapatero, se convirtiera en un hombre adinerado y se pavoneara ante un zapatero pobre la víspera de Navidad!

Fiódor ocupó algunos minutos en esas ensoñaciones, pero de pronto se acordó de su tarea y abrió los ojos.

“¡En qué estoy pensando! —pensó, contemplando las botas—. Hace tiempo que he terminado el trabajo y sin embargo sigo aquí sentado. ¡Tengo que llevárselas al cliente!”.

Envolvió el calzado en un pañuelo rojo, se puso el abrigo y salió a la calle. Caía una nieve fina y pesada que punzaba su rostro como agujas. Hacía frío, reinaba la oscuridad y el suelo estaba resbaladizo. Las farolas de gas despedían una luz opaca; en toda la calle, por alguna razón, había tal olor a petróleo que Fiódor se vio obligado a toser y carraspear. En una y otra dirección pasaban hombres pudientes en sus carruajes, todos ellos con un jamón y una botella de vodka. Desde los coches y los trineos ricas señoritas miraban a Fiódor, le sacaban la lengua y le gritaban entre sonrisas:

—¡Un mendigo! ¡Un mendigo!

Detrás de él caminaban algunos estudiantes, oficiales, mercaderes y generales, y todos le insultaban:

—¡Borracho! ¡Borracho! ¡Zapatero sin Dios! ¡No crees más que en tus suelas! ¡Mendigo!

Todo eso era ofensivo, pero Fiódor guardó silencio y se limitó a escupir. Cuando se encontró con Kuzmá Lebedkin, un maestro zapatero natural de Varsovia, éste le dijo:

—Yo me he casado con una mujer rica y en mi taller trabajan aprendices. Pero tú eres pobre y no tienes nada que llevarte a la boca.

Fiódor no se contuvo y se lanzó tras él. Le estuvo persiguiendo hasta que llegó al callejón Kolokolni. Su cliente vivía en la cuarta casa contando desde la esquina, en un apartamento situado en la planta más alta. Para llegar hasta allí había que atravesar un patio largo y oscuro y luego subir por una escalera muy alta y resbaladiza que se tambaleaba. Cuando Fiódor entró en la vivienda, encontró a su cliente sentado en el suelo, triturando alguna sustancia en el mortero, igual que dos semanas antes.

—¡Le traigo sus botas, excelencia! —exclamó Fiódor con aire sombrío.

El cliente se levantó y empezó a ponerse las botas en silencio. Con intención de ayudarlo, Fiódor hincó una rodilla en tierra y le quitó una de las botas viejas, pero inmediatamente se puso en pie y, aterrado, retrocedió hasta la puerta. En lugar de pie aquel hombre tenía una pezuña de caballo.

“¡Vaya! —pensó Fiódor— ¡Menuda historia!”.

Lo primero que debía haber hecho era persignarse, dejarlo todo y escapar escaleras abajo; pero enseguida consideró que aquél era su primer encuentro, y probablemente el último, con el diablo y que sería una tontería no aprovecharse de sus servicios. Se dominó y trató de probar fortuna. Tras ocultar las manos en la espalda para no hacer la señal de la cruz, tosió respetuosamente y exclamó:

—La gente dice que no hay nada peor ni más vil en el mundo que el diablo, pero en mi opinión, excelencia, el Señor de las Tinieblas es muy instruido. El diablo, dicho sea con perdón, tiene pezuñas y rabo, pero es más inteligente que cualquier estudiante.

—Le agradezco mucho esas palabras —exclamó el cliente, sintiéndose halagado—. ¡Muchas gracias, zapatero! ¿Qué es lo que quieres?

Y el zapatero, sin pérdida de tiempo, se puso a quejarse de su suerte. Empezó diciendo que había sentido envidia de los ricos desde niño. Siempre le había molestado que no todas las personas vivieran en grandes casas y tuvieran buenos caballos. ¿Por qué, se preguntaba, él era pobre? ¿En qué era peor que Kuzmá Lebedkin, natural de Varsovia, que tenía su propia casa y una mujer que llevaba sombrero? Su nariz, sus manos, sus piernas, su cabeza y su espalda en nada se diferenciaban de las de los ricos; entonces, ¿por qué se veía obligado a trabajar mientras los otros se divertían? ¿Por qué estaba casado con María y no con una dama que desprendiera olor a esencia? En casa de los clientes ricos había visto con frecuencia bellas señoritas, pero ellas no le prestaban ninguna atención, solo a veces se reían y murmuraban entre sí:

—¡Vaya nariz roja que tiene este zapatero!

En verdad, María era una mujer buena, amable y trabajadora, pero carecía de educación, tenía una mano de hierro y pegaba fuerte. Además, cuando se hablaba de política o de algún tema elevado en su presencia, enseguida se entrometía, pronunciando las más disparatadas insensateces.

—¿Qué es lo que quieres? —le interrumpió su cliente.

—Ya que es usted tan amable, señor diablo, me gustaría que me hiciera rico, excelencia.

—Muy bien. Pero debes entregarme tu alma a cambio. Antes de que canten los gallos, tienes que firmarme este papel asignándomela.

—¡Pero excelencia! —exclamó Fiódor respetuosamente—. Cuando me encargó usted esos empeines, yo no le pedí dinero por adelantado. Antes de exigir dinero hay que

cumplir lo pactado.

—¡Bueno, de acuerdo! —convino el cliente.

De pronto en el mortero surgió una brillante llama, de la que se desprendió un humo rosado y denso, y a continuación empezó a oler a azufre y a plumas quemadas. Cuando el humo se disipó, Fiódor se frotó los ojos y advirtió que ya no era Fiódor el zapatero, sino otra persona distinta, ataviada con un chaleco, una leontina y unos pantalones nuevos, que se hallaba sentada en un sillón junto a una gran mesa. Dos lacayos le presentaban diversos platos, al tiempo que hacían profundas reverencias y exclamaban:

—¡Buen apetito, excelencia!

¡Qué riqueza! Los lacayos le sirvieron una gran porción de cordero asado y un plato con pepinillos. Luego trajeron en una sartén un ganso asado y algo después cerdo al horno con salsa de rábanos. ¡Y qué noble y distinguido era todo! Fiódor comió, bebiendo un gran vaso de excelente vodka antes de cada plato, igual que un general o un conde cualquiera. Después del cerdo le trajeron unas gachas de avena con grasa de ganso y a continuación una tortilla con grasa de cerdo e hígado frito, alimentos todos que degustó y apreció. ¿Y qué más? También le sirvieron un pastel de cebolla y nabos al vapor con levas.

“¡No sé cómo los señores no revientan con estas comidas!”, pensó.

Como colofón le trajeron un gran tarro de miel. Después de la comida apareció el diablo con sus lentes azuladas y, haciéndole una profunda reverencia, le preguntó:

—¿Estás satisfecho de la comida, Fiódor Panteleich?

Pero Fiódor no pudo pronunciar palabra, tan lleno estaba. Después de ese exceso de comida se sentía incómodo y pesado. Tratando de distraerse, se puso a examinar la bota de su pie izquierdo.

—Por unas botas como estas yo no pediría menos de siete rublos y medio. ¿Qué zapatero las ha hecho? —preguntó.

—Kuzmá Lebedkin —contestó el lacayo.

—¡Traedme aquí a ese imbécil!

Al poco apareció Kuzmá Lebedkin, natural de Varsovia. Se detuvo en el quicio de la puerta, adoptando una actitud respetuosa, y preguntó:

—¿Qué ordena su excelencia?

—¡Cállate! —le gritó Fiódor, golpeando el suelo con el pie—. No te atrevas a contestarme. ¡Acuérdate de tu condición de zapatero y de la clase de hombre que eres! ¡Estúpido! ¡No sabes hacer unas botas! ¡Te voy a partir la cara! ¿A qué has venido?

—A por mi dinero, señor.

—¿Qué dinero? ¡Vete! ¡Vuelve el sábado! ¡Criado, dale un tortazo!

Pero en ese momento recordó cuánto le habían atormentado a él mismo sus clientes y sintió que se le encogía el corazón. Para distraerse, sacó del bolsillo una gruesa billetera y se puso a contar su dinero. Había muchísimo, pero Fiódor quería todavía más. El diablo de las lentes azuladas le trajo otro billetero aún más lleno, pero él ansiaba todavía más, y cuanto más contaba los billetes más insatisfecho se mostraba.

Al atardecer, el diablo le trajo una señorita alta y de generoso busto, ataviada con un vestido rojo, y le dijo que aquélla era su nueva esposa. Pasó toda la tarde besándola y comiendo dulces. Por la noche se tumbó en un blando colchón de plumas, pero estuvo cambiando de postura cada dos por tres, incapaz de conciliar el sueño. Se sentía inquieto.

—Tenemos mucho dinero —le dijo a su esposa—, y eso puede atraer a los ladrones. ¡Coge una vela y vete a echar un vistazo!

No pegó ojo en toda la noche y no paró de levantarse para comprobar si el cofre estaba intacto. Al amanecer tenía que ir a la iglesia para asistir al oficio de maitines. En la iglesia ricos y pobres recibían idénticos honores. Cuando Fiódor era pobre, rezaba en la iglesia con estas palabras: “¡Señor, perdona a este pecador!”. Esos mismos vocablos pronunció ahora que era rico, de modo que ¿dónde estaba la diferencia? Además, después de la muerte al rico Fiódor no lo enterrarían entre oro y diamantes, sino en la tierra negra, como al más pobre pedigrí. Fiódor ardería en el mismo fuego que los zapateros. Todo eso le pareció ofensivo. De nuevo volvió a sentir en el cuerpo la pesadez de la comida; en lugar de oraciones, le venían a la cabeza distintas consideraciones relativas al cofre, el dinero, los ladrones y su alma vendida y condenada.

Salió contrariado de la iglesia. Para alejar de sí esos inoportunos pensamientos se puso a entonar una canción con todas sus fuerzas, como siempre había hecho. Pero nada más comenzar, un guardia se acercó a él y le dijo, llevándose una mano a la visera:

—¡Excelencia, no es propio de señores cantar en la calle! ¡Ni que fuera usted un

zapatero!

Fiódor se reclinó contra una valla y trató de buscar otro entretenimiento.

—¡Señor! —le gritó un portero— No se apoye demasiado en esa valla o se manchará el abrigo.

Fiódor entró en una tienda y se compró el mejor acordeón; a continuación salió a la calle y se puso a tocar. Todos los transeúntes le señalaban con el dedo y se reían.

—¡Vaya un señor! —se mofaban los cocheros—. ¡Se comporta como un zapatero!

—No podemos dejar que los señores perturben la paz —le dijo un guardia—. ¡Será mejor que se vaya a una taberna!

—¡Señor, por el amor de Dios! —le gritaban los pobres, rodeando a Fiódor por todos lados—. ¡Denos algo!

Antes, cuando era zapatero, los pobres no le prestaban la menor atención; ahora, en cambio, no se apartaban de él.

En casa se encontró con su nueva esposa, vestida con una blusa verde y una falda roja. Hizo intención de acariciarla, pero ya había levantado la mano con intención de propinarle un golpe en la espalda, cuando ella exclamó con enfado:

—¡Bruto! ¡Grosero! ¡No sabes cómo tratar a una dama! Si me amas, bésame la mano. Pero no voy a permitir que me pegues.

“¡Vaya una vida de perros! —pensó Fiódor—. ¡Y a esto le llaman vivir! No puede uno ni cantar, ni tocar el acordeón ni pasárselo bien con su mujer... ¡Uf!”.

En cuanto se sentó con la señorita a tomar el té, apareció el diablo de las lentes azuladas y exclamó:

—Bueno, Fiódor Panteleich. Fie cumplido mi parte del acuerdo, así que firma ese papel y sígueme. Ahora sabes lo que significa ser rico, de modo que ya es suficiente.

Y sin más preámbulos arrastró a Fiódor al infierno, donde una multitud de diablos apareció volando por todas partes y se puso a gritar:

—¡Estúpido! ¡Imbécil! ¡Burro!

En el infierno había un olor a petróleo tan terrible que apenas se podía respirar.

De pronto todo desapareció. Fiódor abrió los ojos y vio su mesa, las botas y la lamparilla de hojalata. El cristal de la lamparilla estaba negro y de la pequeña llama de la mecha se elevaba un humo maloliente, semejante al de una chimenea. Junto a él estaba el cliente de las lentes azuladas, gritándole con enfado:

—¡Estúpido! ¡Imbécil! ¡Burro! ¡Voy a darte una lección, estafador! ¡Hace dos semanas que te hice este encargo y las botas aún no están listas! ¿Crees que tengo tiempo para venir aquí cinco veces al día a recogerlas? ¡Canalla, miserable!

Fiódor sacudió la cabeza y se ocupó de las botas. El cliente pasó un buen rato insultándolo y amenazándolo. Cuando al cabo de un rato se tranquilizó, Fiódor le preguntó con aire sombrío:

—¿En qué se ocupa usted, señor?

—Preparo bengalas y cohetes. Soy pirotécnico.

Carruajes y trineos con mantas de piel de oso se desplazaban en una y otra dirección. Por la acera paseaban comerciantes, señores y oficiales, junto con gente sencilla... Pero Fiódor ya no tenía envidia de nadie y no se quejaba de su suerte. Ahora pensaba que el destino de ricos y pobres era igualmente desdichado. Los unos podían ir en carro, los otros cantar con todas sus fuerzas y tocar el acordeón, pero a todos les esperaba la misma tumba. Nada había en la vida por lo que mereciera la pena entregar al diablo ni siquiera una pequeña parte del alma.